

Berenica. Pues para eso es necesario no dejar pasar nada de lo que os he dicho.

Alaúsia. Estamos enteramente determinadas á hacerlo así.

Berenica. Yo lo deseo vivamente; y no habrá cosa que me dé más gusto.

Celerina. Tendrás seguramente esa satisfacción; y desde luego puedes contar con nuestra palabr.



CONVERSACION XIV

SOBRE EL ESPÍRITU Ó EL ENTENDIMIENTO, Y EL JUICIO.

Antonia. Hace ya muchísimo tiempo que deseo oírte hablar sobre una materia, que excita justamente nuestra curiosidad.

Paulina. Como no tengo yo el dón de adivinar, no puedo saber, qué materia es esa.

Antonia. No estoy yo menos solícita que mi compañera, ni es menor mi curiosidad que la suya.

Paulina. Explicáos, pues; que yo procuraré satisfaceros del mejor modo que pueda.

Antonia. Pues sobre lo que deseamos oírte hablar, es sobre el *espíritu*, y el *juicio*.

Paulina. Á fé que en eso habéis escogido una materia bien ámplia y bien extensa. Decid, pues, qué es lo que deséais saber de ella en particular.

Antonia. Quisiéramos saber, ¿qué cosa son, y qué diferencia hallas tú entre uno y otro?

Paulina. El espíritu ó el entendimiento es el que produce en nosotros los pensamientos; y el juicio el que los dirige y pone por obra. Esa es la diferencia.

Antonia. Semejante respuesta nos satisface plenamente; pero ¿cuál de los dos es digno de preferirse?

Paulina. Dos alhajas son excelentes; ambas á cual más apreciable, cuando llegan á juntarse en un mismo sugeto.

Antonia. No dudamos que sea así; mas no es eso lo que preguntamos.

Paulina. Pues ¿qué es? Decidme.

Antonia. Que ¿cuál de las dos cosas debe anteponerse?

Paulina. Hay algunos que dan la preferencia al entendimiento; pero no todos son de este mismo parecer.

Antonia. ¿Con que hay dos opiniones acerca de eso? Yo por mí, también preferiría el entendimiento.

Paulina. Cuando os explicáis de esa manera, señal que no juzgáis más que por la apariencia, y que no ahondáis ni profundizáis.

Antonia. Pues ¿qué cosa más agradable que el entendimiento! Con él a donde quiera se va muy bien, y por todas partes se luce y sobresale.

Paulina. Eso sí es bastante para los entendimientos que son superficiales; mas no para toda especie de entendimientos.

Antonia. ¿Qué más se necesita? ¿Qué cosa más gustosa, que una persona á quien los pensamientos se le ocurren á borbotones; y todos ellos agradables, bien que unos más que otros? ¿Qué buenos cuartos de hora no se pasan con tales personas?

Paulina. Sin pensar en ello, habéis dicho una expresión graciosa, en eso de *buenos cuartos de hora*: esto sólo basta para decidir la cuestión.

Antonia. Pero una vez que semejantes personas hacen pasar buenos cuartos de hora, también harían pasar mucho más tiempo, si quisieran tomarse este trabajo.

Paulina. Bien está; yo quiero que sea así; pero al fin de la cuenta ¿á qué se encamina todo eso? ¿Qué fruto se saca de quedarse en esto solo?

Antonia. Esque este linage de personas son paratodo.

Paulina. Demasiado decir es; veámos si eso es verdad.

Antonia. Consentimos desde luego en este examen, y esperamos que nos salga bien la cuenta.

Paulina. Yo os permito eso de que sus discursos son joviales ó festivos, gustosos y agradables; pero ¿por ventura hallais siempre en ellos exactitud y solidez? Y ¿cuántos de estos discursos necesitarían de reforma, si se hubiesen de pesar con la balanza del Santuario!

Antonia. Eso bien puede ser; mas en las concurrencias no se piensa en esto; solo se atiende á lo que agrada, y á lo que divierte.

Paulina. Pero los hombres, mayormente siendo Cristianos, no deben decir cosa alguna que ofenda á la razón, ni á la religión.

Antonia. Convenimos en ello; más el aire y tono de jovialidad, con que se dice todo eso, hace que no se piense por entonces ni en la razón ni en la religión.

Paulina. Sin embargo, esta es una cosa que nadie debiera perder jamás de vista.

Antonia. Es verdad; pero no todas las personas de entendimiento son así.

Paulina. Perdonad que os diga, que siempre que ellas no consultaren al juicio, la mayor parte de sus palabras serán inconsideradas, y estarán llenas de indiscreción.

Antonia. Ese es un defecto muy grande.

Paulina. Yo me alegro de que lo conózcais: pero pasemos adelante, y considerémosles en su conducta.

Antonia. Les temo ciertamente mucho, si llegas á este segundo examen.

Paulina. Pues quedémonos aquí, si queréis.

Antonia. No, no, por tu vida; continúa, pues lo que buscamos es instruirnos.

Paulina. Yo no diría una cosa como ésta, si todo el mundo no la viese; esto es, que sucede frecuentemente que los que más entendimiento tienen, son los que cometen mayores faltas.

Antonia. ¿Cómo puede ser eso?

Paulina. Ved la primera causa de esto; porque se fían demasiado de su entendimiento, y no toman consejo de nadie; y es una verdad constante, que por mucho entendimiento que se tenga, siempre es muy corto y muy limitado.

Antonia. Pero si con su entendimiento tienen cuanto necesitan, ¿á qué fin el ir á mendigarlo á otra parte?

Paulina. Con haberos dicho yo, que aun el mayor entendimiento es siempre muy corto y muy limitado,

¿no os he dado ya á conocer bastante, que ningún entendimiento es suficiente á sí propio?

Antonia. Yo quisiera que todos los hombres comprendiésen y se hiciésen cargo de esta verdad.

Paulina. No hay absolutamente quien no necesite entenderla y comprenderla bien.

Antonia. Ya vemos claramente, que de la inteligencia de esta verdad depende la buena conducta; y que aun es el fundamento de ella.

Paulina. Para tener acierto en cualquiera cosa, es necesario consultar á los que tuvieren mayores luces que nosotros, y seguir sus consejos: obrar de esta suerte, es un verdadero saber.

Antonia. No nos causa ya admiración, que las personas que pasan por muy entendidas, logren tan poco acierto algunas veces; eso que has dicho es la causa, y no hay que cansarse en ir á otra parte á buscarla.

Paulina. Sí; esta es una infelicidad grande.

Antonia. Y cómo que sí; de las mayores desdichas.

Paulina. Pues no es eso todo; su excesiva vivacidad no les da lugar muchas veces á preveer las consecuencias de aquello que emprenden, fundados confiadamente en su entendimiento, que ellos creen lo ve todo, y á veces no se nada.

Antonia. Este es un retrato que nos da compasión.

Paulina. Sin embargo, yo no digo cosa que no se eche de ver frecuentemente.

Antonia. Muchas reflexiones pides, antes de haber de meterse en cualquiera negocio.

Paulina. Lo que yo pido es, que se examine antes el éxito ó salida de todos los diferentes caminos que se pueden tomar, y no aventurarse jamás á tentar ninguno, sin saber cómo se saldrá de él, y no de cualquier manera, sino honorífica y airosamente.

Antonia. Pero al cabo, nosotras no descubrimos que para esto haya cosa más á propósito que el tener mucho entendimiento.

Paulina. Razón lleváis en eso, pero cuando el mucho entendimiento va guiado de mucho juicio.

Antonia. Todo eso nos hace comprender, que tú no estás por el entendimiento solo.

Paulina. Decís muy bien; pues los varios extremos en que suele precipitar el entendimiento cuando es solo, más bien me le hacen temer que desear.

Antonia. ¡Hay tal cosa! Y ¿qué extremos son esos? Dí, por tu vida.

Paulina. El de que con más entendimiento se vive á veces sin Religión; y en el importante negocio de la salvación se suele ser menos perspicaces que los más groseros Aldeanos.

Antonia. Sin duda, que ese es un extremo grande.

Paulina. Pues en los negocios domésticos ¿qué desorden? Frecuentemente se gasta cuatro veces más de lo que se tiene, y si se vive con profusión y despilfarro; si se viste soberbiamente es á costa del público.

Antonia. Aún es más deplorable este extremo.

Paulina. Mientras se vive, no se vé más Acreedores que claman por lo que es suyo, y que aspiran ambi-

ciosamente á la herencia: y después de la muerte todo se vende, todo se abrasa, y aun no suele alcanzar para satisfacer la cuarta parte de las deudas.

Antonia. Ya no nos maravillamos de que no seas del dictamen de los que dan la preferencia al entendimiento.

Paulina. A la verdad, yo antepongo, y con muchas ventajas, el juicio.

Antonia. Mas el caso es, que con mucho juicio suele haber poquísimos entendimiento.

Paulina. Convengo en eso; pero como quiera que sea, el juicio, en mi sentir, siempre debe ser preferido.

Antonia. ¿Y por qué? Dí.

Paulina. Porque el juicio es el que hace buena la conducta; y ésta debe anteponerse á todo el entendimiento del mundo.

Antonia. Pero por este medio no se logra la reputación de ser personas de entendimiento.

Paulina. Es verdad; pero se consigue todo el fruto del entendimiento, que es la buena conducta; pues para eso se nos dió el entendimiento.

Antonia. Mejor fuera tener las dos cosas.

Paulina. Yo también sería de ese mismo gusto tuyo; pero como el tener entendimiento no depende de nosotras, es preciso contentarse con lo que Dios se ha servido darnos; y aplicarse, con la ayuda del Señor, á aquello que está de nuestra parte, que es hacer un buen uso de ello.

Antonia. Esas son unas lecciones muy saludables.

Paulina. Mucho entendimiento y mucho juicio constituyen una persona cumplida y cabal; mas cuando no se pueden tener ambas cosas, digo que la una, conviene á saber, el juicio, es digna de anteponerse á la otra, quiero decir, al entendimiento.

Antonia. Nos conformamos con tu parecer; á la verdad, es demasiado juicio y fundado para dejar de acceder á él.



CONVERSACION XV

SOBRE LAS ALTERCACIONES Y PLEITOS.

Yucunda. Venimos á hacerte una consulta con motivo de una contestación ó una demanda que se nos acaba de poner.

Generosa. Harta lástima os tengo, si es que estáis de humor de mantener contestaciones y pleitos.

Honorata. ¿Cómo podremos menos de sostenerlas? ¿O quieres que pasemos por unas tontas?

Generosa. Yo os compadezco, vuelvo á decir, si os halláis de ese humor.

Yucunda. Pues ¿qué? ¿Hemos de dejar perder nuestra hacienda; desentendernos de nuestro genio; y dejar que prevalezcan opiniones contrarias á las nuestras?

Generosa. No digo yo eso; lo que sí digo es, que soís bien dignas de compasión, si tenéis genio pleitista.

Honorata. Decirnos eso, no es darnos el consejo que solicitamos.

Generosa. ¿Vosotras querríais, según las señas, que